

LA OBRA PONTIFICIA  
DE LA  
PROPAGACION DE LA FE

---

CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE CORDOBA

EXCMO. Y RVDMO. MONS. MANUEL FERNÁNDEZ-CONDE

Y

GARCÍA DEL REBOLLAR

A LOS FIELES DE SU DIOCESIS

9533







# LA OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACION DE LA FE

---

CARTA PASTORAL QUE EL EXCMO. Y RVDMO.

MONS. MANUEL FERNÁNDEZ-CONDE Y GARCÍA DEL REBOLLAR

OBISPO DE CÓRDOBA

dirige a los fieles de su Diócesis con motivo del

DOMUND DE 1961



0.9.533



CARTA PASTORAL

LA OBRA PONTIFICIA DE  
LA PROPAGACION DE LA FE

---

por el Dr. D. Manuel Fernandez-Conde y Garria del Rebollar, por la  
Cartera de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Córdoba.

Al Excmo. Sr. Deán y Cabildo Catedral, al  
Clero secular y regular, a los Seminaristas, Reli-  
giosas y a todos los fieles de la Diócesis.

*•La Obra Pia de la Propagación de la  
Fe ocupa el primer lugar entre las demás  
instituciones en favor de las Misiones. •*

Pío XI

¡Con que ilusión vemos acercarse el día de las Misiones! El  
simpático y popularísimo DOMUND nos habla del amor a la Igle-  
sia, del dogma de su catolicidad, y ello renueva en nuestros cora-  
zones el más decidido empeño por el problema de la salvación de

quienes desconocen la doctrina del Evangelio. Pensamos en la virtud salvadora de la sangre de nuestro adorable Redentor y nos duele intimamente que haya todavía tantos seres que no son hermanos nuestros en Jesús, que no poseen el carácter de cristiano. Por eso nos industriamos de múltiples formas en cooperar al éxito de la labor misional y nuestras oraciones, acompañadas de la más generosa aportación, suben hasta el trono del Altísimo pidiendo la conversión de los infieles.

El signo esperanzador del DOMUND lo hacen más patente las circunstancias en que este año se celebra. Un mundo atemorizado por amenazas bélicas, dominado por el avance del materialismo bajo el imperio de los sin Dios en muchas partes, lleno de injusticias sociales en otras, con rápidas evoluciones políticas en diversos pueblos, de una cultura medio atea y una moral flaca. El pone al hombre ante serios y graves problemas y, sobre todo, apremia su conciencia y la empuja a buscar una solución humana o sobrenatural a esta difícilísima situación.

Aquí aparece la fuerza redentora de la fe cristiana. Una doctrina que nos habla de Dios, de la fraternidad humana, de la unión de los hombres en Cristo, de la redención universal. Para unos el remedio será volver a la práctica de sus obligaciones religiosas; para otros conocer y vivir esta verdad, venir al reino de la luz, amar a quien ha dado por nosotros hasta la última gota de su sangre. ¿Qué se puede esperar de quienes no tienen fe?

Ya os expuse, queridísimos hijos, en la Carta Pastoral del pasado año lo que era el DOMUND (1). El *universalismo* es su noble característica y lo convierte en la fiesta de la catolicidad. Penetra en el alma de los fieles y los incorpora al apostolado, dándoles fuerza para luchar en la conquista espiritual del mundo para Cristo. El DOMUND obliga a todos porque todos han de vivir con el afán de que la Iglesia eche raíces y florezca en todas partes y entre todas las gentes.

El DOMUND aparece cada año con una faceta especial. Su finalidad es la misma, pero va presentándonos diferentes aspectos de la idea profunda de la Iglesia misionera. El DOMUND, siempre

(1) El DOMUND de 1960, 7 de oct. de 1960. Bol. Ofic. Ecles., 1960, p. 43b.

el mismo y siempre distinto, no busca sino cuánto puede servir a sus fines universalistas y católicos.

Las consignas del DOMUND han sido muchas. La Virgen y las Misiones, la Fe y las Misiones, la esperanza y las Misiones, Mundo mejor y las Misiones, la Unidad cristiana, la Unidad y la Caridad.

¿Y este año? Un punto definido y completo es su objetivo: LA OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACION DE LA FE. Nos presenta lo que más puede cautivarnos, la obra capital entre las instituciones misionales.

## I

# Las Obras Misionales

Aquí aparece el problema misional. Su naturaleza y alcance son bien conocidos: perpetuar la obra saludable de la redención procurando la salvación de las almas, de aquellos que desconocen el mensaje cristiano. Pero lo que nos toca más de cerca es el papel que nosotros jugamos en esta labor.

Como ya os he dicho anteriormente, queridísimos fieles, la obligación moral de trabajar por la propagación de nuestra fe no incumbe únicamente a los obispos y sacerdotes, toca también a los seglares (2). Esta obligación, que los autores enuncian como grave, supone que «cada uno —como ha dicho el Papa— ha de contribuir por su parte al incremento y a la difusión del reino de Dios sobre la tierra» (3).

Este deber de cristianos nos pone ante la cuestión de la cooperación misionera. ¿De qué modos —generales o particulares— podemos cumplir esta obligación? Es lo que ahora vamos a ver.

(2) Carta Pastoral El DOMUND de 1960; Bol. Ofic. Ecl., 1960. p. 435.

(3) Encicl. "Princeps Pastorum": 28 de nov. de 1959.

## Asociaciones misioneras

La cooperación al apostolado misional puede reducirse a tres maneras generales: *espiritual, material y personal* (4), y en estos tres aspectos han nacido múltiples iniciativas en favor de las misiones. Esta labor de cooperación «es una parte principal de la caridad cristiana y un deber de justicia social para con los miembros de la Iglesia» por eso ha existido en todas las épocas del apostolado (5).

Los grandes monasterios medievales fueron la cuna de los grupos de misioneros que salieron a evangelizar parte de las naciones de Europa. Las Ordenes Religiosas se preocuparon entonces particularmente de esta obra y ellas corrieron con el sostenimiento de sus misiones. Los estados católicos, en el tiempo de los grandes descubrimientos, tuvieron por norma interesarse de la evangelización de sus colonias y así proporcionaron los medios necesarios para el apostolado. Pero, después de la Revolución Francesa, disminuyó o desapareció la ayuda de las naciones colonizadoras y entonces fué necesaria una mayor intervención de la Santa Sede de los católicos (6).

En estas circunstancias es cuando nacen las asociaciones misionales. La Asociación Misional es el medio normal y práctico de cooperación misionera en su doble aspecto, espiritual y económico. Pueden tener carácter general o ser de índole particular.

Desde 1822, fecha en que nació la primera de estas obras, *Propagación de la Fe*, han surgido unas 270 asociaciones misionales, la mayor parte de las cuales subsiste aún. El menor número —algo más de veinte— socorren a las Misiones en general, y las restantes a las de lugares particulares. Casi la mitad de ellas dependen de Congregaciones Religiosas (7).

(4) P. Pío de Mondreganes, O. F. M. Cap.: *Manual de Misionología*, Madrid, 1951, p. 245 y sga.

(5) P. Mondreganes: *Manual...*, p. 247.

(6) J. Goiburú: *La cooperación misional a través de los siglos*, *Iluminare*, 1940, págs. 7-12.

(7) J. Goiburú: *El problema misionero*. 4ª ed., Madrid, 1958, p. 131.

De estas asociaciones —además de las Obras Misionales Pontificias— hay algunas que merecen especial mención: la Obra contra la esclavitud, el Sodalicio de San Pedro Claver, la Obra Apostólica y otras más particulares.

## Las Obras Misionales Pontificias

La multiplicación de asociaciones misionales no estaba exenta de crear dificultades. Los elementos directivos, la semejanza de medios y métodos, tanto en la propaganda como en la organización, originaron «un natural confusionismo entre los fieles, con aumento de recelos entre los propagandistas, pérdida notable de energías en el trabajo y de eficacia en los resultados» (8).

Los inconvenientes no paraban en esto. Existía una excesiva desigualdad de disponibilidades en las Misiones: unas vivían en la abundancia, mientras otras languidecían en la miseria. Las asociaciones poderosas hacían penetrar la idea misional en muchos lugares, pero en otros la propaganda misionera era escasísima y la piedad no se vivía. Por otra parte la Santa Sede, que por medio de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, enviaba a tierras lejanas misioneros y administraba las misiones, carecía de medios propios para sostener y desarrollar su labor.

La raíz de todo esto era la falta de un ideal misionero universalista en dichas asociaciones: se trabajaba por esta o aquella misión, no por las Misiones en general.

La Santa Sede no pudo menos de considerar esta difícil situación y procedió a resolverla. ¿Cómo? De manera sencilla y eficaz.

Entre las asociaciones misionales existentes había algunas que sobresalían tanto por la trascendencia de sus fines como por la amplitud de su organización. Se les dió carácter universalista, se adaptaron sus estatutos a esta visión y la Santa Sede las hizo suyas, poniéndolas bajo su autoridad y elevándolas sobre todas las

(8) J. Goiburú: *El problema misionero*, p. 126

demás asociaciones misionales. Desde entonces se llamaron *Obras Misionales Pontificias*.

Estas asociaciones fueron: 1) LA PROPAGACION DE LA FE, fundada en 1822 y después extendida poco a poco en todos los países católicos. Su objetivo era la ayuda a las Misiones en general mediante la oración y la limosna. El gobierno de la misma residía en Lyon. De ella hemos de ocuparnos ahora más extensamente.

2) LA OBRA DE LA SANTA INFANCIA. En 1842 empieza la labor de la Santa Infancia, debida al celo de Mons. Forbin-Janson, obispo de Nancy. Su simpática finalidad: el rescate y haurismo de los niños en los países de misiones, hizo que creciera con rapidez. La amplitud de su objetivo la hizo particularmente útil: los beneficios procurados a la niñez de las tierras de misión son incalculables (9).

3) LA OBRA DE SAN PEDRO APOSTOL. Una angustiosa carta de Mons. Cousin, obispo de Nagasacki, pidiendo socorros para sus seminaristas japoneses, impresionó profundamente a la señora Estefanía Cottin, Vda. de Bigard y a su hija Juana, las cuales fundaron esta obra en Caen (Francia) el año 1889. Su cometido es ayudar a la mejor formación del Clero indígena como el medio más apto y oportuno para la propagación del cristianismo en los pueblos infieles. Hoy, a causa de los exacerbados nacionalismos de las persecuciones, de las expulsiones de misioneros, se ha visto lo providencial de esta obra en las misiones. ¿Quién puede educar y sostener en la fe a las cristiandades mejor que el sacerdote del país? Esta obra se implantó en varias naciones de Europa y América y mereció desde los principios la bendición del Sumo Pontífice.

4) LA UNION MISIONAL DEL CLERO, fué elevada a la categoría de obra misional Pontificia en el mismo sentido que las anteriores por el Papa Pío XII en 1956, que así mostró la estima que de ella tenía (10).

(9) La naturaleza de esta obra la expusimos en nuestra Exhortación Pastoral: El Día Mundial de la Santa Infancia, 17 de enero de 1961, Boletín Oficial Eclesiástico, 1961, p. 1.

(10) Encicl. Fidei donum: 21 de abril de 1957.

El P. Pablo Manna, activísimo misionero de la India y Birmania, publicó en 1908, su libro *«Operarii autem pauci»* en el que delineaba una organización sacerdotal para favorecer a las Misiones, preocupado por la gran tarea que había que realizar en ellas y los escasos medios con que se contaba para lograrla.

Su plan, con las reformas oportunas, fué aprobado en 1915 por el insigne obispo de Parma Mons. Conforti, fundador del Instituto de San Francisco Javier para las Misiones Extranjeras, y presentado a Benedicto XV en abril de 1916. El 31 de octubre de aquel mismo año la Sagrada Congregación de Propaganda Fide comunicó al obispo de Parma la plena aprobación del proyecto del P. Manna.

El fin inmediato de la Unión Misional —por ser una asociación sacerdotal— es el sacerdote a quien recuerda y facilita el cumplimiento de su deber misionero y mediante esto último obtener que el pueblo cristiano se inflame de celo por las Misiones católicas (11).

Benedicto XV deseó que se propagase por todo el mundo católico (12), Pío XI exhortó a que se trabajara porque diera cada día mayores frutos (13), y Pío XII urgió que el Clero se inscribiera en ella (14).

Las mencionadas Obras Pontificias encuadran la estrategia misional de la Santa Sede bajo la dirección de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

Benedicto XV las presentó como tales (15); Pío XI las enumera en su conocidísimo *Motu Proprio Romanorum Pontificum* —carta

(11) Estatutos AAS, 1937, p. 435.

(12) Encicl. *Maximum illud*: 30-XI-19: Para el logro de esto —la organización del Clero en punto a Misiones— sería nuestro deseo se implantase en todas las diócesis del mundo la Unión Misional del Clero.

(13) Encicl. *Rerum Ecclesiae*: 28-II-26 "...haced que cada día florezca con mayor prosperidad apoyándola con vuestra autoridad, consejos y exhortaciones..."; Discurso al Congreso Internacional de la Unión Misional del Clero, Roma, 1936: "¿Por qué razón no están todavía todos los sacerdotes en las filas de vuestra Unión?".

(14) Encicl. *Evangelii Praecones*: 1961; Encicl. *Exeunte saeculo a Portugal*, 13 de junio de 1940.

(15) J. Goiburú: *El problema misionero*, p. 134.

magna de ellas— diciendo que son «Obras que esla Sede Apostolica reconoce como suyas» (16); Pio XII quiso que se fomenten con el mayor interés las citadas Obras Pontificias, inscribiéndolas en ellas» (17) y Juan XXIII sigue las disposiciones de sus precesores y las ha llamado «un gran poema de caridad apostólica» (18).

Estas cuatro Obras comprenden el programa oficial de la operación misional trazado por los Papas: «To los los católicos dirigidos por los obispos y sacerdotes, deben cooperar a las Misiones con su oración y limosna. El cauce normal de esta cooperación está en las Obras Misionales Pontificias. Los sacerdotes y ambos cleros, juntamente con los Hermanos y Religiosas, deben pertenecer a la Unión Misional del Clero. Las personas mayores deben inscribirse en la Propagación de la Fe, sin olvidar la Obra de San Pedro Apóstol. Los niños deben agruparse en la Santa Infancia. Quien quiera, además, favorecer a Misiones o misioneros determinados, tienen las puertas abiertas de las diversas Asociaciones particulares bendecidas por la Iglesia, porque este programa oficial no es exclusivo, sino mínimo» (19).

## II

### La Obra Pontificia de la Propagación de la Fe

El examen de los documentos de la Santa Sede nos ha dado a conocer, amadísimos sacerdotes y queridos hijos, la importan-

(16) Encicl. Maximum illud: 30 de noviembre de 1913.

(17) En la Enciclica Rerum Ecclesiae afirma: "Estas tres Obras por ser pontificias deben ser ayudadas con donativos y limosnas, preferentemente a todas las demás Asociaciones de fines particulares".

(18) Encicl. Fidei donum: 21 de abril de 1967.

(19) Discurso a los Directores Nacionales de las OO. PP. MM., 23 de mayo de 1961, Ecclesia, 1961. p. 719.

ja que los Papas atribuyen a las Obras Misionales Pontificias. Pero al describirlas y presentarlas a los fieles ellos mismos han manifestado sus preferencias por la Propagación de la Fe y la han designado —tanto Benedicto XV como Pío XI— como la primera de ellas.

La extensión de su finalidad, la inmediata dependencia de la Santa Sede en cuanto a la distribución de sus medios, la asistencia a toda clase de misiones la coloca, en efecto, en lugar preeminente. Ella misma ayuda a las otras Obras, que le están coordinadas.

## Los Orígenes de esta Obra

Mons. Duhourg, obispo de Nueva Orleans, en los Estados Unidos, al regresar a Lyon, su patria, en 1815, recomendó a sus ciudadanos las necesidades de su diócesis y la causa de las Misiones entre los indios norteamericanos. Para ello se sirvió de la viuda de Petit, piadosa señora, muy conocida en Baltimore, y de este modo empezaron a recoger limosnas, pidiendo a los católicos una cuota determinada. Después, por medio de su Vicario General, enviado a Lyon a este propósito, el celoso obispo comenzó a pensar en una ayuda no sólo a las misiones de América sino a todas en general. En 1822 se formó un Consejo con numerosos miembros y comenzó el trabajo.

Pero entonces se tuvo la noticia de que en la misma ciudad de Lyon existía ya una asociación semejante fundada por *Paulina M.<sup>a</sup> Jaricot*. El buen espíritu que animaba a todos hizo ver la conveniencia de unir las dos iniciativas en una obra universal e internacional y así se constituyó la *Obra de la Propagación de la Fe* con las peculiaridades de la organización de Paulina, es decir, cuotas, oraciones, grupos. Con esta fecha —2 de mayo de 1822— nacía la obra que mayor impulso había de dar a la causa de las Misiones.

## Paulina Jaricot

He aquí un alma noble y generosa consagrada por entero a la propaganda misionera. Hija de unos ricos fabricantes de seda nació en Lyon el año 1799 y allí murió en 1862.

Paulina tenía un hermano mayor que ella, Fileas, que arde en deseos de ir a las Misiones. *Yo seré misionero en China*, dice a Paulina; y ella le respondía: *Yo iré contigo a curar a los enfermos y a poner flores en tu capilla*. No, tú no puedes venir, afirma Fileas. Ello hace que Paulina rompa a llorar. Su hermano la consuela con estas palabras: *Tú rezarás y me prepararás manteles y altares, casullas y me enviarás mucho dinero*. Paulina, todavía en tierna edad, tenía ya indicada su vocación.

Años después Fileas ingresó en el Seminario de San Sulpicio de París. Su espíritu misionero sigue bullendo en él y pone a su hermana al corriente de la triste situación que atravesaban las Misiones Extranjeras de París. Para remediarla le sugiere la fundación de una asociación cuyos miembros ayudaran a las Misiones tanto en oraciones como en limosnas.

Paulina pone manos a la obra y, juntamente con Claudine Thevenet, funda la asociación en la que se pagaban —a imitación de una sociedad de anabaptistas ingleses— cinco centimos por semana; los socios estaban organizados en grupos de diez, ciento y mil miembros. A la limosna se unía la oración. En 1820 se forma el primer grupo entre las obreras de una fábrica de hilados en Lyon y las primeras limosnas se enviaron a las misiones de Comchinchina. La hora de Dios iba a llegar pronto para Paulina. Primero una enfermedad grave la aqueja y meses después muere su madre. «Que Dios bendiga a Paulina!», fueron las últimas palabras de la señora Juana Jaricot.

Paulina, hija de rica familia y de buena presencia, no obstante su espíritu misionero, amaba demasiado la vanidad. El contacto con el abad Juan Wendel Würtz, que después es su confesor, la pone en el recto camino; para ella, extremada y generosa, no había otro modo de proceder: «todo o nada».

Todavía tenía que sufrir Paulina la gran prueba. Deseosa de ejercer el bien en favor de los obreros, prestó con los mejores pro-

pasó toda su fortuna para emplearla en el dominio de Rustrel, terreno minero de grandes esperanzas. Pero su dinero fué a parar a manos de un hombre sin conciencia, que se apoderó de aquella suma y, no favoreciendo a los obreros, dejó a Paulina en absoluta indigencia.

Es inútil ponderar la gravedad de esta tribulación. La necesidad llegó a tanto en Paulina, que a un sacerdote que le entregó seis francos «para sus obras» hubo de responderle: «Yo no tengo obras; ¿queréis dejarme estos seis francos para comprarme pan?». A tanto llegó su pobreza, que en 1853 se vió obligada a inscribirse en la Oficina de Beneficencia de la parroquia de San Justo de Lyon. ¿Con qué verdad podía firmar —como lo hizo en aquella época— una de sus cartas: «vuestra pobre mendiga en lo espiritual y en lo temporal»! Y con la pobreza hubo procesos, persecuciones, injurias, abandonos...

Su obra de la Propagación de la Fe se salvó milagrosamente. Tal vez fué el fruto del «Rosario viviente» que la misma Paulina dejó para mantener el sentido espiritual de su obra. ¿Qué consuelo el día que veamos a Paulina en los altares, como hace esperar el incoado proceso de canonización! (20).

## El Motu Proprio «Romanorum Pontificum»

En el siglo pasado, por las causas anteriormente expuestas, empieza una nueva preocupación por los problemas misioneros. Y quienes más participan de ellos son los Papas (21).

El punto central de la cuestión no es la Propagación de la Fe en sí misma, sino más bien los medios apropiados para conseguirlo. Pero no tomados estos medios en un aspecto particular, refe-

(20) D. Lathoud: Marie Pauline Jaricot. Le secret des origines de la Propagation de la Foi. París, 1937.

(21) Gregorio XV afirmó «que el primordial deber de su cargo pastoral era la propagación de la Fe cristiana», como dice el M. P. «Romanorum Pontificum».

rente a este o aquel territorio, sino la acción de conjunto que proporcionara a la Santa Sede la posibilidad de realizar una obra universal, católica.

La Santa Sede poseía el medio jurídico por cuyo cauce había de discurrir su acción misionera, es decir, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, fundada en el año 1622, a lo que tan contribuyeron dos españoles insignes, el carmelita Fray Tomás de Jesús y Mons. Juan Bautista Vives (22). Su problema capital ahora era buscar las posibilidades económicas que le hicieran factible la realización de sus proyectos.

Se conocía ya la obra de Paulina Jericot, la «Obra de la Propagación de la Fe para Ambos Mundos». ¿Podría ser esta Obra la solución adecuada a tono con la naturaleza y amplitud del problema?

Pío VII enriqueció la Obra con las primeras indulgencias; el Papa Gregorio XVI la elogió y la recomendó en su Encíclica «*Probenostis*» del 15 de agosto de 1840; Pío IX fué el primero que la estableció en Italia, siendo obispo de Imola; León XIII le dedicó la magnífica Encíclica «*Sancta Dei Civitas*» del 3 de diciembre de 1880; San Pío X dice de ella que es «eminentemente católica y la principal institución en orden a la expansión del reino de Dios»; Benedicto XV afirma que los católicos —y esta es la gran determinación de la «*catolicidad de la cooperación*»— han de ayudar a las misiones también con sus limosnas, sirviéndose para ello en las Asociaciones establecidas, *ante todo por medio de la Obra de la Propagación de la Fe* (23); conceptos que la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, por mandato del Papa, explanó en su Instrucción a todos los obispos de Italia el 15 de mayo de 1921 (24).

Después vino Pío XI. El, que en conversación con el entonces Monseñor Roncalli había dicho antes del Cónclave que era necesario «orar, para que el Señor diese a la Iglesia un Papa Misionero,

(22) P. de Mondreganes, *Manual...*, p. 201 y sgs.; S. Faventi, *La Chiesa Missionaria*, Roma, 1949, I.

(23) Encicl. *Maximum illud*.

(24) La Congregación asegura que la primera y más importante de las Obras Misionales es la Propagación de la Fe. Junto a ella, «inoculada en las costumbres cristianas, todas las demás tendrán desarrollo».

como lo exigían los tiempos» (25), era el destinado para llevar a cabo aquella misión. El Papa vió desde el primer momento la necesidad de abordar el problema.

Y si el paso dado por Benedicto XV puede considerarse como negativo, el de Pío XI es definitivo en absoluto.

Poco tiempo después de subir al solio pontificio publicó —el 3 de mayo de 1922— su *Motu Proprio* «*Romanorum Pontificum*», el que nos da la solución del problema tanto teórica como práctica.

Nos encontramos ante este importantísimo documento; analicemos su contenido (26).

El Papa parte de dos puntos, negativo uno y positivo otro: hoy la Santa Sede no cuenta con la ayuda que antes le prestaban algunos estados en la difusión del Evangelio; sin embargo se ha de constatar que «nunca ha existido entre el pueblo cristiano un movimiento espiritual en favor de las Misiones tan grande como el que ha surgido ahora».

¿Cómo se sostienen y propagan las Misiones? Dados los escasos recursos de la Santa Sede, se recurre a las limosnas, porque «el pueblo cristiano, movido por amor a la fe y al celo de la caridad... da de buen grado y en algunas ocasiones con abundancia». «¿Qué gran fundamento para realizar mi obra! diría el Papa. ¿Pero cómo se recogían esas limosnas? Cada Instituto o asociación religiosa se preocupaba de sus respectivas Misiones. ¿Y aquéllas que no tenían quienes se interesaran de su labor? ¿Qué harían con el tiempo las Misiones del Clero secular? ¿Cómo era posible un plan general de evangelización? Aquella solución debió aparecer ante los ojos de Pío XI con toda la pequeñez de su particularismo y mezquindad, por eso afirma «esta manera de dar ni corresponde a las necesidades de cada una de las Misiones, ni permite atender a todas las Misiones de un modo equitativo y ordenado para asegurar su estabilidad y progreso». Las diferencias que de ello nacían —tristes y odiosas— eran de lamentar. Todo

(25) Discurso de Juan XXIII a los Directores de las Obras Pontificias Misioneras, 23 de mayo de 1961, *Ecclesia*, 1961, p. 719.

(26) *Act. Ap. Sed.* XIV (1922), págs. 321-330.

aquel sistema era un grave mal para las Misiones: había que abolirlo. ¿De qué manera?

Al Papa no le importa que continúen las ayudas a las Misiones particulares (27) porque la Obra nueva no podría cubrir todas las necesidades de ellas; lo que él va a hacer son dos cosas: formar un fondo común con las limosnas de todos los católicos —causa universal, para las necesidades de todas las Misiones— efectivamente universal (28). ¿Qué resultado iba a dar esto? Uno y efficacísimo: el Papa había de disponer en adelante de una cierta cantidad de dinero, confiado totalmente a su potestad y libre disposición que él distribuiría, por medio de personas escogidas, a todas las Misiones, según las necesidades de cada una. La propagación misionera estaba salvada.

¡Qué profunda y admirable lección de la Iglesia! Ella misma, con la fuerza aplastante de su catolicismo, con la eficacia de la unidad y santidad va a llegar con su maternal ayuda hasta los últimos de sus hijos, heraldos del Evangelio, que consumen su vida en zonas abrasadoras e inhóspitas, entre quienes no les comprenden o persiguen. Era la catolicidad que engendraba la catolicidad.

El proyecto estaba preparado; fallaba su realización. ¿A quién se encomendaría? ¿Qué institución sería la ejecutora? Aquí aparece de nuevo la clarividencia del Papa de las Misiones. El primer paso sería conectar el instrumento jurídico de la evangelización —la Congregación de Propaganda Fide— con el fondo de posibilidades económicas, la entidad futura.

El Papa podía haber pensado en una entidad de nuevo cuño. Pero consideró que la Obra de Paulina Jaricot merecía fijar en ella la atención. En efecto, estaba recomendada por los Papas —con excepcional interés por Benedicto XV— y se extendía ya por muchas naciones del mundo; el dinero lo recolectaba entre todos los

(27) "Así pues, Nos, aprobando, al igual que nuestros predecesores, todos los industrioses modos de subvenir a las Misiones particulares...".

(28) "Tenemos en nuestra mente proveer por modos y medios determinados a la universalidad de las Misiones católicas con las colectas de todo el mundo; de suerte que las recaudaciones de todas las naciones, aún las más pequeñas, hechas por todos los hijos de la Iglesia, se reúnan en sólo fondo común, destinado a procurar ayuda a las Misiones en general".

fieles y no olvidaba la oración; su labor de ayuda no se restringía a las misiones de Francia sino que también abarcaba las de países extranjeros. Por eso «mejor que crear algo nuevo» estimó que en aquella Obra, con las adaptaciones oportunas, estaba la solución.

Pío XI, con su característica decisión, dispuso todo lo necesario. Lo primero fué trasladar la Obra de Francia a Roma —reuniendo los Consejos de Lyon y París— con sede en la Congregación de Propaganda Fide. Le dió una nueva organización —que después veremos— y la declaró órgano propio y oficial de la Sede Apostólica «para recoger las limosnas de los fieles de todas partes y distribuirlas en provecho de todas las Misiones católicas». La nueva Obra tendría la autoridad de la Santa Sede y de ella recibiría su fuerza y vigor. Todas las metas estaban conseguidas. La cooperación misional tenía ya su cauce católico.

Con este Motu Proprio había nacido la obra propulsora que las Misiones católicas esperaban.

## La Organización de esta Obra

La Obra Pontificia de la Propagación de la Fe tenía una finalidad católica, universalista y era necesario que su acción se moviera en idéntico plano. Debía por consiguiente movilizar la cooperación misionera de los católicos en los varios campos que era menester.

La Santa Sede puso su mirada en la organización de la Iglesia y a ella añadió la concepción política de los pueblos, la nación, resultando de ello estos cuatro sectores: internacional, nacional, diocesano y parroquial. De esta forma dió organización propia a la Obra, contenida en los Estatutos publicados junto con el Motu Proprio.

GOBIERNO.—Correspondiendo a estos sectores hay en la Obra: 1) un Consejo Superior General; 2) el Consejo Nacional; 3) el Consejo Diocesano, y 4) la Junta Parroquial, dependiente uno de otro.

1) *El Consejo Superior General* reside en Roma y está presidido por el Secretario *pro tempore* de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, que establece de este modo la relación entre las dos entidades. Forman parte de él un Vicepresidente, que es un Prelado francés residente en Roma; el Secretario General de la Obra; los Directores Nacionales; un cierto número de Consejeros residentes en Roma y que representan a las naciones que más contribuyen a la Obra; otras personas que pueden ser útiles a ella por su competencia científica. Quienes moran en Roma constituyen el Consejo residente. Estos nombramientos los extiende la Congregación de Propaganda Fide y las reuniones son mensuales. Cada año, después de Pascua de Resurrección, se convoca el pleno del Consejo. El cometido de este es doble: administrar la Obra y distribuir equitativamente todas las limosnas que pueden tener carácter de ordinarias, especiales y extraordinarias.

2) *Consejo Nacional*: En cada nación donde existe la Obra hay un Consejo Nacional dependiente del Consejo General de Roma. Lo dirige con categoría de Director Nacional, un sacerdote de prestigio. Hay además un secretario, un cajero, un redactor, junto con otros eclesiásticos y seculares amantes y conocedores de las Misiones. El Consejo Nacional se reúne cada año en sesión plenaria y forman parte de él los directores diocesanos. El director nacional está nombrado por la Congregación de Propaganda Fide y tiene por cometido promover la Obra en toda la nación. Convoca y preside las reuniones del Consejo. Envía a Roma una relación anual del estado de la Obra y remite allí el dinero recogido. El director nacional nombra por quinquenios renovables los miembros del Consejo Nacional. El secretario ayuda al director nacional en la administración ordinaria de la Obra, con encargo de extender las actas del Consejo y procurar su ejecución.

3) *El Consejo Diocesano*: En cada diócesis el obispo ha de nombrar un Consejo Diocesano que estará presidido por un director con tres o cinco consejeros. El cargo de consejero dura un quinquenio, mientras que el de director diocesano está nombrado por el Obispo *ad nutum*. La misión del director diocesano es dirigir la Obra en toda la diócesis. Difundir la propaganda que recibe del Consejo Nacional. Dar conferencias sobre la Obra. Estar relacionado con el Consejo Nacional y las parroquias. Recoger las

limosnas y enviarlas al Consejo. Convocar las reuniones del Consejo Diocesano e informar al Prelado de la marcha de la Obra.

4) *La Junta Parroquial*: Dada la importancia que tiene la parroquia en la vida de la diócesis, es necesario que en cada una de ellas esté erigida la Propagación de la Fe. El director de esta Comisión es el párroco o un delegado suyo, a quien deben ayudar un número reducido de celadores o celadoras. El párroco procurará dar a conocer esta Obra en sus sermones, con la propaganda y especialmente con la celebración del DOMUND procurando atenderse en todo a las instrucciones del director diocesano.

SOCIOS.—En esta Obra pueden ser inscritas todas las personas que hayan cumplido doce años de edad. Los socios son de tres categorías:

a) *Ordinarios* que contribuyen con la cuota mínima establecida en el reglamento, es decir, cinco pesetas al año.

b) *Especiales* que cooperan con la cantidad correspondiente a diez socios, a saber, cincuenta pesetas por año.

c) *Perpetuos* que contribuyen con quinientas pesetas por una sola vez y reciben luego un hermoso diploma.

Las fluctuaciones de las monedas han hecho necesario un cambio en la cantidad establecida en un principio.

A la Obra pueden pertenecer también Religiosos y Religiosas para los cuales hay establecidas peculiares condiciones. Los pobres hasta que den una pequeñísima oferta al año en favor de las Misiones. Todos los socios deben rezar cada día un *padrenuestro* y un *avemaría* con la jaculatoria «San Francisco Javier, rogad por nosotros». Para cumplir con este requisito basta formar la intención y aplicar cualquier padrenuestro y avemaría de las oraciones cotidianas, añadiendo la antedicha jaculatoria.

Los Sumos Pontífices han colmado de favores a los socios de la Obra. En muchas festividades del año gozan de indulgencia plenaria, de varias parciales en distintas ocasiones, de privilegios generales y particulares para los sacerdotes, los presidentes y miembros de los varios Consejos (29).

(29) De pontificio opere a propagatione fidei: natura, administratio, documenta, Romae, 1929. Los Estatutos del Consejo Nacional español fueron aprobados el 22 de abril de 1932.

ACTIVIDAD.—La labor de esta Obra es múltiple y riquísima. Además de la misa cotidiana para los socios y bienhechores celebra el fecundo y popularísimo DOMUND, la propaganda capital del año misionero. Difunde (30) amplísimas noticias por mediación de la Agencia Internacional Fides, obra del ilustre P. Juan Considine, que surte de información a la prensa mundial. Publica las «Acta Pontificalium Operum a Propagatione Fidei et a Sancto Petro Apostolo pro Clero indígena». Intensifica, particularmente por medio de los Consejos nacionales, la edición de libros, revistas y semanarios misionales, como bien conocemos por las palmas cuidadas publicaciones de nuestro Consejo de España.

## Los frutos de esta Obra

Después de la Encíclica *Maximum illud* y, particularmente, del establecimiento de las Obras Misionales Pontificias por Pío XI ha sucedido una época a la que bien pudiéramos llamar «era de las Misiones». Varias encíclicas misionales, el desarrollo del Clero indígena, el aumento continuo de nuevos Vicariatos y Prefecturas, el establecimiento de la Jerarquía en no pocos países, la creciente generosidad de los fieles hacia las Misiones son hechos nunca vistos con tanta intensidad en estos últimos tiempos de la vida de la Iglesia.

Pero si buscamos la causa de todo ello habría que confesar que la razón próxima ha sido el desarrollo de la Obra de la Propagación de la Fe. Ella ha encauzado la cooperación de los fieles y, sobre todo, ha actuado en sentido católico para llegar hasta el último rincón del globo. ¡Qué bien se comprende ahora la definición que de ella dió Pío XI!: «Es la asociación de todos los fieles de todas las naciones, no sólo para ayudar a la evangelización de todo el mundo, por la unión de sus plegarias ante Dios, sino también para sostener la actividad misionera con recaudaciones pecuniarias

para distribuir el dinero ofrecido por los fieles para las Misiones (31).

Merced a ella la labor misional tiene hoy otro planteamiento. Al fundarse una nueva misión —cosa que se hace hoy en otras condiciones— saben los misioneros que cuentan con una ayuda inicial: el *subsidio de fundación*, 5.000 dólares. ¿Cuántas amarguras les ahorra esta limosna! Antes, el problema mayor era poner los fundamentos.

Para las necesidades de cada año cuentan también —no es mucha cosa— con el *subsidio ordinario*: de ocho a diez mil dólares, y, en algunos casos, más. De este modo no viven en incertidumbre constante. Si les acontece alguna desgracia —terremotos, incendios, devastaciones— saben que algo les envía la Obra en concepto de *subsidio extraordinario* y si en un territorio o nación determinados fuera menester actuar algún plan especial para defensa o desarrollo de las Misiones allí estará la Obra con un *subsidio de emergencia*. Hoy saben los misioneros que pueden acudir a la Obra, que nunca les desampara totalmente y viven con la certeza de que de Roma les llegan siempre, con palabras de aliento y consuelo, unas monedas —muchas veces no hay para más— y la amorosa bendición del Vicario de Cristo. ¿Qué dirían hoy los misioneros de hace cien años! Este ha sido el milagro de una Obra católica en su organización y naturaleza.

El año pasado el Consejo Superior de la Promoción de la Fe pudo distribuir a las Misiones la cantidad de 20.122.650 dólares. Esta posibilidad no existió hasta ahora. ¿Pero qué son, en fin de cuentas, estas sumas para 322 territorios misionales en Asia, 227 en África, 81 en América, 53 en Oceanía y 19 en Europa cargados de necesidades y problemas de toda suerte? (32).

Pero no queramos reducir a unas frases encomiásticas o a números más o menos elevados los resultados de esta Obra providencial. Sólo Dios sabe lo que ella ha hecho...

(31) Estatutos de la Obra, art. 1.º.

(32) J. M. Echenique: ¿A dónde va el dinero del DOMUND?, Ecclesia, 1961, p. 1.207.



## Nuestros deberes para con esta Obra

Aquí tendríamos que recordaros, amadísimos sacerdotes, queridos hijos, el sagrado deber que a todos incumbe de nuestra cooperación misionera. Sin embargo creemos que con lo dicho al principio —ya que nos proponemos hablaros de ello más extensamente en otra ocasión— tenéis conciencia suficiente de la obligación que nos impone nuestra gratitud al don de la fe, la pertenencia al Cuerpo Místico y nuestra obediencia a los Papas.

Lo que hoy pretendemos, después de haberos mostrado el cauce por el que ha de discurrir vuestra cooperación misionera, es decir, vuestra ayuda a la Obra de la Propagación de la Fe, es moveros a un examen de conciencia sobre este punto capital. Para ello os podíamos proponer lo que el Excmo. Sr. Patriarca-Obispo de Madrid-Alcalá pregunta a sus diocesanos en reciente Carta Pastoral: «Partiendo de la realidad de que desde la cátedra de Madrid se nos da la doctrina de que la Obra de la Propagación de la Fe es y tiene que ser por su naturaleza obra de todos, cada uno de vosotros se pregunte a sí mismo: ¿lo es también mía? Y ¿preguntéis a los fieles que Dios pone en vuestras manos les preguntéis: ¿lo es también tuya?» (33).

Por una consoladora experiencia de diez años de miembro del Consejo Superior de la Propagación de la Fe —cosa que tanto hemos agradecido al Señor— conocemos la ardua labor de este órgano. ¿Y quién ignora por otra parte la meritoria actividad del Consejo Nacional Español, presidido por el queridísimo Mons. Angel Sagarmínaga, inteligente, dinámico y eficaz organizador de esta Obra en España a la que ha llevado a tan hermosos resulta-

dos? Ni tampoco podemos olvidar aquí el trabajo celoso, constante y entusiasta de don Manuel Iglesias García, dignísimo director diocesano mientras se lo han permitido sus fuerzas, al que desde estas líneas manifestamos nuestra más viva gratitud.

Por eso siguiendo la línea de la organización de la Obra y buscando una respuesta a la doble cuestión antes enunciada, queremos ahora fijar nuestra atención en el cometido que toca a las parroquias y a los fieles en particular.

## La Obra en las Parroquias

La parroquia es la célula fundamental de la Iglesia, pero célula viva que se desarrolla y perfecciona por su unión vital con el organismo a que pertenece. No se puede concebir una labor diocesana perfecta sin una básica acción parroquial. El espíritu católico y misionero que recomendaba Su Santidad Juan XXIII a los fieles de Suiza (34) debe tener su mejor realización en la parroquia: y la parroquia —como dijo Pío XI— que descuida la acción misional, descuida la Obra más católica de las católicas, la más apostólica de las apostólicas». En consecuencia —lo diremos con palabras de Fischer— «parroquia que sólo se preocupa de sus propias necesidades e intereses y para nada se cuida de las Misiones, no merece el dictado de verdaderamente católica» (35). Y Mons. Segismondi, Presidente Internacional de la Propagación de la Fe, nos acaba de decir, al convocarnos para el DOMUND del presente año, que «el amor a las Misiones es el medio mejor para desarrollar en sí mismo y en los demás el espíritu cristiano tal como nos ha sido enseñado por el Señor».

No es, pues, de extrañar que el mismo Pío XI se expresara con esta efusiva firmeza: «Es Nuestro deseo que en cada parroquia se forme un núcleo de celo y actividad misional. Este Nuestro deseo está entre los más profundos, entre las aspiraciones más vivas de

(34) *Ecclesia*, 1961, p. 135.

(35) J. M.<sup>a</sup> Goiburú: *Parroquia y Misiones*. Madrid.

Nuestra alma» (36). No puede por consiguiente la parroquia entenderse del problema misionero de la Iglesia.

El mayor beneficio de este espíritu misionero es para la parroquia misma. Por el inefable dogma de la comunión de los santos la vida cristiana de los feligreses ha de recibir vigoroso impulso de la Iglesia Universal y así cuantas veces, más que a su propio esfuerzo deberá a los sufrimientos de los misioneros y a las oraciones de los convertidos —reconocidos, aunque ignorados e interesados— la firmeza en la fe y la perseverancia en las buenas obras.

La parroquia presenta a los fieles cada día las preocupaciones de la Iglesia y ¿cuál es mayor que la cooperación misional, cuando la razón de la existencia de la Iglesia —en frase de la Enciclica *Reverentiam Ecclesiae*— es la dilatación del reino de Cristo por todo el mundo? El Papa llama en su ayu la para esta labor a los Obispos, éstos la aceptan con sumisión y la encomiendan también a los párrocos, y los fieles la conocen por ellos. Por eso, en último análisis, las metas conseguidas por la Iglesia en la Obra Misional serán resultado del esfuerzo y la entrega con que a ella se consagren las parroquias. Así se comprenden estas esperanzadoras palabras de Pío XI: «Nuestra confianza es tanto más justificada cuando vemos que la actividad misional ha entrado por la vía oportuna y bella de las obras parroquiales» (37).

El fruto que de este apostolado se puede esperar nos lo indican estas hermosas palabras de Juan XXIII: «Decimos que ofrecer plegarias, sacrificios y medios para llevar la luz y el amor de Cristo a aquellos que todavía no la conocen, significa dar nueva linfa vital a las diócesis de antigua tradición cristiana, y salvar tal vez a tantas parroquias que languidecen en la inacción».

La parroquia necesita mostrar su celo misional y esto lo ha de hacer creando la Junta parroquial de Misiones donde bajo la presidencia del párroco o su delegado se inculque a los fieles el

(36) Discurso al I Congreso Internacional de la Unión Misional del Clero, junio de 1922.

(37) Alocución al Consejo General de las Obras Misionales Pontificias el año 1926.

anhelo misionero, los deseos de la salvación de las almas, la preocupación por los que mueren sin conocer a Cristo.

Aquí tenéis, queridísimos párrocos, ecónomos y encargados de parroquias — mis fieles y celosos cooperadores— el gran deseo de mi corazón pastoral: *Ninguna parroquia sin tener organizada la Obra de la Propagación de la Fe*, y, donde ya lo estuviere, sin que tenga vida pujante y lozana.

Con toda el alma os exhortamos a que sintiéndoos solidarios de los misioneros, que en lejanas tierras completan con sudores y esfuerzos —bebiendo el duro cáliz del sacrificio— los trabajos del mismo Cristo en la predicación del Evangelio para la salvación del mundo (38), seáis agradecidos al precioso y gratuito don de la fe (39) y del sacerdocio (40) y superéis las dificultades que pudieran entorpecer la implantación de esta Obra. Si así lo hacéis, como es nuestra consoladora esperanza, estamos seguros que veréis muy pronto florecer en vuestras parroquias frutos nuevos de fe y caridad.

## Los fieles y la Obra

Los fieles reciben toda su vida cristiana a través del influjo maternal de la parroquia. Esta ejercer sobre ellos su acción educadora y va formando sus almas inculcándoles un amor especial a las preocupaciones de la Santa Iglesia. De esta manera —siendo la Iglesia esencialmente misionera— los horizontes misionales se convierten también en las perspectivas normales de la vida cristiana de los fieles. Esto quiere decir, amadísimos hijos, que ningún cristiano consciente y responsable puede desentenderse del problema misional.

Nuestra piedad tenemos que alimentarla con los grandes idea-

(38) Ad Colos. I, 24.

(39) Ad. Efes. II, 8.

(40) Ad. Hebr. V, 4.

les de la vida cristiana y ninguno se asemeja al de cooperar con la Iglesia en la evangelización de los infieles. Tened por cierto que con ello haréis una cosa gratisima al corazón de Cristo, que que la salvación de todos los hombres, y al mismo tiempo estad seguros que ellos se hacen igualmente gratos a los ojos de Dios. Es una reflexión profunda fué sin duda la que hizo exclamar a San Agustín: «Animam salvasti, animam luam praedestinasti». Si; quien ha hecho posible la salvación de un alma ha predestinado con ella la suya.

¿A cuántas asociaciones pertenecéis? En nuestra tierra, tierra de cofradías y hermandades, todos o casi todos estarán inscritos en alguna. ¿Dejaréis de ser de la más importante de todas, de la OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACION DE LA FE que es la que impone menos obligaciones, da más indulgencias y obtiene mayores frutos?

Al alcance de todos está la cooperación de vuestra oración. «No hay nadie —decía Pío XI— que no pueda orar, ya que está en manos de todos este socorro y como alimento de las misiones» (41). Si el Señor dijo: «Cualquier cosa que pidieren se la dará el Padre» (42) ¿quién puede calcular el valor de la oración en un asunto completamente sobrenatural? ¿Por qué los Obispos de las misiones y Vicarios Apostólicos piden insistentemente que vayan sus territorios de clausura a sus territorios para que oren por la conversión de los infieles? ¿Dónde está la diferencia entre misiones sostenidas por el peso de la gracia y las de los protestantes avaladas por la fuerza del dinero? Con la oración y la cooperación que la OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE exige cada día, cooperaréis a sostener el esfuerzo de cuantos trabajan en las misiones.

Y si a vuestra oración responde en vosotros una auténtica conciencia misionera habréis hecho una obra completa. La convicción del ideal misional hay que llevarla a todos los ambientes: hay que procurar que todos a cuantos pueda llegar vuestro influjo, mantengan la única actitud posible ante un deber tan sa-

(41) Encicl. Rerum Ecclesiae.

(42) Mat. XVIII, 19.

grado. En una palabra: haced *proselitismo*. Con el mismo calor que en los asuntos, que estimáis más o menos importantes, ponéis decidido empeño para que otros los conozcan y os esforzáis por ganar adeptos para la causa que os interesa, debéis trabajar a fin de que otros también conozcan y sientan su personal responsabilidad en la obra misionera de la Iglesia.

Procuráos para esto un cierto bagaje de cultura misional. Los ratos de ocio o las aficiones nos llevan a la lectura y en ella buscamos lo desconocido, lo que nos admira, el mundo de las sorpresas... Los libros y revistas misionales proporcionan a los lectores las mayores y sanas emociones. ¡Cuántos conocimientos nuevos, qué curiosidad de noticias, qué impresiones ante costumbres y vidas tan diferentes! Pero, sobre todo, ¿qué gratitud por el don de la fe cuando contemplamos el panorama desolador de esas almas y de esas culturas sin el conocimiento de nuestro adorable Redentor!

Ni puede fallar tampoco vuestra *limosna*. Esta ayuda —todos estáis convencidos de ello— es sin duda necesaria y no vamos a insistir. Los múltiples elogios que la Sagrada Escritura dedica a la limosna se han de aplicar en grado eminente a la que se da para la PROPAGACION DE LA FE. Nos interesa más ahora destacar la catolicidad de vuestra limosna. Si la obra misional es obra de todos, vuestra limosna, debe dirigirse preferentemente a las misiones en general. Para ello hay que servirse del cauce que ha señalado el Papa, es decir, de la Organización Misional Pontificia, con lo cual se consigue esa universalidad de destino que son las misiones de toda la Iglesia. Más aún, diríamos que no cumple con la obligación de la cooperación misional quién no da a la PROPAGACION DE LA FE porque ya ayuda a estas o aquellas misiones. Y también la universalidad en el tiempo, ya que el pensamiento de la Iglesia con esta organización no es reducir vuestra ayuda al DOMIND, aunque ya es algo, sino hacerla continua a lo largo de todo el año, como expresión espontánea de una obligación que es permanente.

Quiero contaros, para terminar, lo que Monseñor Le Roy, apóstol de Africa Oriental, narra de un misionero moribundo.

—Mi vida se acaba, exclamaba éste en el lecho del dolor; y,

fijando sus ojos en un punto del espacio empezó a transfigurarse su rostro.

—Padre —le preguntó monseñor—, ¿qué es lo que véis?

—Veo —contestó— como una larga procesión de negros que baja del cielo... Me figuro que son los que he bautizado... Vienen a buscarme...

Y en diciendo esto expiró.

Yo también me atrevo a deciros algo semejante: No faltará en el cielo a vuestro encuentro las almas que por vuestra ayuda hayan conocido a Jesucristo.

. . .

Amadísimos sacerdotes y queridos fieles: Aquí tenéis la estupenda realidad que nos presenta el DOMUND de 1961, la OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACION DE LA FE. El, durante varios años, con diferentes consignas, ha mostrado toda la fecundidad y variedad de esta rica OBRA que es a la par *esperanza, dolor, caridad, esfuerzo, unidad...* porque, ante todo, es *catolicidad*. El dice que su misión es predicarnos la grandiosidad de la OBRA que en este DÍA aparece con el mejor de sus ropajes. Con voz sonora y robusta —como heraldo de la mejor de las causas— nos grita valientemente: *conoce, ama, inscríbete* en la OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Con insistencia y persuasión los niños que postulan, los carteles anunciadores, el exótico atuendo de las figuras de los indígenas nos recuerdan una sola cosa: la PROPAGACION DE LA FE no es la recogida de unas pesetas con destino a seres que viven lejos y que inspiran compasión por las penalidades que nasan. Nó: es también mucho más: es la Obra fundada por la Iglesia, que llama a todos sus hijos para que le ayuden a realizar la misión salvadora que le encomendó Jesucristo: en ella está reservado un puesto a todos los católicos porque todos los paganos necesitan

igualmente de la doctrina del Evangelio y el medio ordinario de anunciársela es la labor del misionero.

¿Queréis conocer —amadísimos hijos— la fuerza y valor de nuestro catolicismo? Vuestra oración y caridad con las Misiones os lo indicarán. Es vano engañarse: quien no oye la voz de su Madre la Iglesia, de la que recibe todos los beneficios espirituales, y no la asiste en la principal de sus obras, no es un buen hijo, no siente el catolicismo.

El creciente progreso que el espíritu y caridad misionales adquieren en nuestra Diócesis nos hacen concebir las más halagüeñas esperanzas, que ponemos en las manos de María en el día de hoy, fiesta de su Divina Maternidad. Por Ella el DOMUND cordobés de 1961 brillará con nuevos resplandores, en nuestra historia religiosa.

En prenda de nuestro paternal afecto os bendecimos a todos, queridísimos sacerdotes y fieles, en el nombre † del Padre, † del Hijo, y † del Espíritu Santo.

En orden a la celebración del DOMUND, reiteramos las disposiciones dadas en nuestra Carta Pastoral del pasado año.

Córdoba, a 11 de octubre de 1961.



+ Manuel, Obispo de Córdoba

# I N D I C E

---

	<u>PAG.</u>
<i>Introducción</i> .....	5
I	
<i>Las Obras Misionales</i> .....	7
<i>Asociaciones misioneras</i> .....	8
<i>Las Obras Misionales Pontificias</i> .....	9
II	
<i>La Obra Pontificia de la Propagación de la Fe</i> .....	12
<i>Los Origenes de esta Obra</i> .....	13
<i>Paulina Jaricot</i> .....	14
<i>El Motu Proprio «Romanorum Pontificum»</i> .....	15
<i>La organización de esta Obra</i> .....	19
<i>Los frutos de esta Obra</i> .....	22
III	
<i>Nuestros deberes para con esta Obra Pontificia</i> .....	24
<i>La Obra en las Parroquias</i> .....	25
<i>Los fieles y la Obra</i> .....	27

